

El “Proyecto Marginalidad”: los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural*

Adriana Petra
(CeDInCI/UNLP/CONICET)

El 16 de noviembre de 1966 el Centro de Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), institución de origen católico radicada en Chile, recibió de la Fundación Ford un subsidio de 250 000 dólares para una investigación sobre las condiciones de marginalidad en poblaciones urbanas y rurales de América Latina. El proyecto “Marginal Populations in Latin America”, planificado y ejecutado en conjunto con el Instituto Latinoamericano para la Planificación Económica y Social (ILPES) —una rama de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL)— estaba cofinanciado por la UNESCO y tenía como responsables al director de DESAL, el jesuita belga Roger Veke-mans, al sociólogo brasileño Fernando Henrique Cardoso, y al joven politólogo argentino José Nun. El “Proyecto Marginalidad”, como se lo conocería más tarde, cuando fuera denunciado como un caso de espionaje sociológico del imperialismo norteamericano, comenzó oficialmente el 1 de enero de 1967 en la sede de ILPES en Santiago de Chile, y se dio por cerrado de forma definitiva en junio de 1973. En este lapso, renunciaron las dos instituciones patrocinantes, la sede del proyecto fue trasladada y el Consejo Asesor removido, además de convertirse en un capítulo de la extensa polémica que los intelectuales argentinos tuvieron acerca de los deberes y responsabilidades que les correspondían en un proceso revolucionario que pocos juzgaban lejano.

Esta última dimensión, es decir, el debate de los intelectuales argentinos acerca de si el Proyecto Marginalidad era un caso de espionaje sociológico organizado por el imperialismo norteamericano bajo la fachada de un organismo filantrópico de financiación, ha sido abundantemente citada y no me centraré en ella en este trabajo. El objetivo de esta intervención es, en cambio, un intento de aproximación al Proyecto Marginalidad como un episodio de varios niveles entrelazados cuyo análisis permite, en primer lugar, reconstruir la trama de las relaciones de distintos agentes culturales (intelectuales, instituciones académicas, organismos de financiación) en un momento particular del desarrollo de las ciencias sociales a nivel internacional, y, en segundo lugar, aprehender los conflictos que tales relaciones supusieron como intrínsecos a la vida intelectual, en tanto espacio social sujeto él mismo a imperialismos y nacionalismos, prejuicios y estereotipos, representaciones y mecanismos de poder.¹

1 Cfr. Bourdieu, Pierre, “Las condiciones sociales de la circulación de las ideas”, en **Intelectuales, política y poder**, Buenos Aires, Eudeba, 200, p. 160.

Ciencia e imperialismo

El imperialismo cultural ha sido un motivo ideológico recurrente para la cultura de izquierdas latinoamericana. Particularmente desde la década del sesenta, sobre la base de un antinorteamericanismo no exento de matices arielistas, la cultura se descubrió como un espacio, junto al económico y al político, donde la dominación era ejercida y al mismo tiempo podía ser pensada. Bajo la influencia del marxismo existencialista francés, los estudios críticos sobre la situación colonial y los nacientes estudios sobre comunicación, la problemática del imperialismo cultural recuperaba, como lo ha explicado Renato Ortiz, dos vertientes del pensamiento latinoamericano —la cuestión nacional y la dominación extranjera— y se configuraba en torno a un vínculo necesario entre los procesos de liberación nacional y el despertar de una conciencia alienada. En la Argentina, sin embargo, la temática antiimperialista había sido desarrollada por el nacional-populismo ya desde la década del cuarenta, a través de un grupo de autores que serán clave en la formación de un espacio de confluencia entre el peronismo y otras corrientes teóricas como el marxismo, aunque también en el despliegue de una crítica cultural fuertemente estigmatizadora de la “extranjería mental” de las élites letradas.

En este marco, muchos intelectuales emprenderán una lectura crítica sobre la validez de las categorías elaboradas en los países metropolitanos para comprender las realidades nacionales, demostrando una fuerte preocupación por la “colonización” del pensamiento, que en las ciencias sociales adoptó la forma de una crítica sistemática a la teoría de la modernización y la asunción, en sus diversas variantes, de la problemática de la dependencia. Desde mediados de la década del sesenta, el exitoso ingreso del estructuralismo, y particularmente de la obra de Louis Althusser, en el campo de las ciencias sociales, desplazará nociones como conciencia y alienación reemplazándolas por una “nueva jerga” cuya incorporación,² de todos modos, no dejará de plantear las dificultades que la importación de discursos intelectuales suponía para el examen de un país económica y culturalmente de-

2 Tarcus, Horacio, “El corpus marxista”, en Cella, Susana (comp.), **Historia crítica de la literatura argentina**, T. X, “La irrupción de la crítica”, Buenos Aires, Emecé, 1999, p. 492.

* Una versión de este trabajo fue presentada en la mesa “Cultura e intelectuales en la historia reciente” de las IV Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente (Rosario, mayo de 2008). Mi agradecimiento especial a Mariano Plotkin, sin cuya generosa ayuda gran parte de las fuentes de este trabajo me hubieran resultado inaccesibles.

pendiente, donde la “práctica autónoma de las ciencias sociales existe en un grado mínimo”.³

La radicalización creciente del movimiento estudiantil y de una importante franja de la intelectualidad marxista y católico-humanista va a permitir, precisamente, plantear este dilema en los términos de una crítica acérrima al “cientificismo”, y luego, al “cientificismo de izquierda”, a los que se opondrá la necesidad de construir una “ciencia nacional al servicio del pueblo” y no de la agenda impuesta por las agencias de financiación norteamericanas. Alejandro Blanco ha explicado las transformaciones intelectuales y el nuevo contexto internacional que luego de la segunda posguerra llevaron, por un lado, a la centralidad de la sociología estadounidense, y por otro, a un vasto proceso de internacionalización de las disciplinas sociales que, a través de la intervención de organismos internacionales y agencias filantrópicas, produjo una transformación sustantiva de sus patrones de institucionalización y profesionalización, en cuyos procesos jugaron un rol decisivo.⁴ De ahí que la identificación de la sociología con la sociología norteamericana y la condena a los subsidios externos, pudieran, sin demasiadas dificultades dado el perfil con el que se organizó la denominada sociología científica en la Argentina, alimentar la condena al proyecto modernizador de la universidad reformista. Es que el debate por los subsidios a la investigación científica en el fondo planteaba, como lo ha señalado Silvia Sigal, una tensión entre medios y fines homologa a los dilemas de la política desarrollista, cuya ideología el cuerpo universitario compartía. Pero si en los primeros años posteriores a la caída del peronismo, éste fue capaz de resolver a su favor la ecuación entre modernización cultural y financiación externa, pudiendo diferenciar sus opciones culturales de sus posiciones políticas frente, por ejemplo, a la política petrolera del presidente Arturo Frondizi, a medida que avanzaba la década del sesenta y con ella la radicalización del campo cultural, esta posibilidad se tornó impracticable.⁵

De este modo, las denuncias sobre la “penetración imperialista” y la consideración de la sociología como una “cuña neocolonial”, facilitarán la certeza de que toda investigación realizada bajo los auspicios de un organismo extranjero era una vía de entrega de datos útiles para las operaciones de la inteligencia norteamericana, que se ocultaba detrás de las “fachadas culturales” —según la exitosa definición de Ángel Rama— de fundaciones filantrópicas como Ford y Rockefeller. Estas, además, eran vistas como responsables de una estrategia de cooptación de intelectuales que, de ser exitosa, los convertía en mediadores privilegiados para imponer temas de investigación, criterios estéticos, opciones metodológicas o sencillamente servir de informantes

3 Verón, Eliseo, “La actualidad de un clásico; la moda del estructuralismo”, en **Los Libros**, n° 9, 1970, p. 16, citado en Beatriz Sarlo, **La batalla de las ideas (1943-1973)**, Buenos Aires, Ariel, 2001, p. 98.

4 Blanco, Alejandro, “La sociología: una profesión en disputa”, en Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (comp.), **Intelectuales y expertos**, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 332-337.

5 Sigal, Silvia, **Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 145-147.

nativos para la mejor organización de las operaciones de contrainsurgencia. La consumación del espionaje o la defección se completaba con la “cobertura de izquierda” que facilitaban intelectuales seducidos por los prestigios del “vanguardismo y las modas académicas”.⁶ La certeza o la presunción de la existencia de maniobras de espionaje sociológico financiadas por la CIA o el Pentágono organizaron un campo de disputa donde el compromiso de los científicos se ponderaba en la medida en que fueran capaces de asumir, y rechazar, su potencialidad para convertirse en agentes del colonialismo y sus designios antinacionales, debiendo aquellos defender sus credenciales en un terreno cenagoso. Porque si los subsidios extranjeros eran un anuncio de peligrosidad y la antesala de la sospecha, eran los mismos instrumentos del trabajo sociológico profesional, la encuesta específicamente, lo que acreditaba la naturaleza imperialista de la práctica científica.⁷ En cualquier caso, la potencia explicativa con que los motivos antiimperialistas poblaron el lenguaje de las izquierdas al punto que, como ha dicho Oscar Terán, “el discurso antiimperialista casi no se verá porque, como Dios, estará en todas partes”,⁸ sirvió para organizar un sistema de exclusiones e impugnaciones mutuas entre los actores culturales, que en las ciencias sociales encontró su mejor tono polémico.

El Proyecto Marginalidad ha sido habitualmente considerado en el marco de esta perspectiva, aceptando que se inscribió en los intentos norteamericanos por ganar la voluntad de los intelectuales

6 En una réplica a José Nun los sociólogos Daniel Hopen y Carlos Bastianes afirmaban: “Frente al desprestigio de sus operativos y de su sistema de becas, fundaciones, etc., destinado a captar intelectuales para ponerlos a su servicio, al menos, “ablandarlos”, el imperialismo ha descubierto la utilidad de la cobertura “de izquierda”, “vanguardistas”, etc. El caso de la autóctona fundación Di Tella es bien claro: al presentarse como progresista, liberal, vanguardista y desprejuiciada, sirve para captar intelectuales de todas las actividades (de buena o mala fe) que, a la vez que se dan la satisfacción de sentirse o creerse “a la izquierda”, se gratifican con la sensación de “estar al día”, de vivir en la vanguardia artística mundial o de hacer uso de la técnica más “moderna” en su respectiva actividad científica. No importa que eso sea un poco falso, se trata de mera imitación superficial de snobismo, antes ya había ocurrido algo similar, en relación con las actividades científicas, a partir del sistema de subvenciones a las universidades y las ilusiones modernistas de tipo científicista con la diferencia que no existían por lo menos en su inicio tantas condiciones como ahora para concienciar el problema”; **s/t**, Buenos Aires, mimeo, c. 1969, p. X (Archivo CeDInCI).

Oscar Terán ha explicado la paradójica escisión entre política revolucionaria y modernización cultural que cruzó a la izquierda intelectual argentina durante los años 60, la que, en el caso de los científicos sociales marxistas fue vivida, en palabras de Verón, como una suerte de “esquizofrenia” unida al problema no menor que representaba afrontar la relación entre el marxismo como teoría del conocimiento social y teoría general del movimiento obrero, y las técnicas y modelos conceptuales de las distintas especialidades disciplinares (“Sociología, ideología y subdesarrollo”, en **Cuestiones de Filosofía**, n° 2/3, Buenos Aires, 1962. Lo mismo ha sido señalado por Silvia Sigal (Ibidem).

7 El biólogo Daniel Goldstein, por ejemplo, afirmaba sobre el Proyecto Marginalidad: “No hay por qué suponer que a la Fundación Ford le interesen los fundamentos marxistas del estudio de la pobreza, pero sin duda le interesan los datos recogidos en el trabajo de campo” ver “La polémica sobre el ‘Proyecto Marginalidad’”, en **Marcha**, Montevideo, 28/2/1969, p. 19.

8 Terán, Oscar, **Nuestros años sesenta**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993, p. 111.

tales y artistas del continente,⁹ o bien poniendo la atención en la confusión entre los principios de validez científica y de legitimidad política en torno a la cual tuvieron lugar los debates dentro de la comunidad de sociólogos argentinos.¹⁰ En efecto, la encarnizada polémica que desató en el campo cultural argentino, se fundamentó en la denuncia que lo señalaba como un capítulo de la estrategia de espionaje sociológico que los Estados Unidos habían inaugurado con el Plan Camelot, dando por sentado que los profesionales que de él participaban habían perdido el derecho de reclamar para sí el nombre de intelectuales.¹¹ La eficacia simbólica de la argumentación que unía la financiación exterior con la defección de los intelectuales que la aceptaban partía de una operación previa según la cual las “debilidades” de la figura del intelectual lo convertían en objeto predilecto de la seducción imperial: intercambiando prestigio por dinero, el intelectual actuaba anteponiendo las necesidades de su propia legitimación a las demandas políticas de una revolución que, por otra parte, tampoco parecía necesitarlo en tanto tal. Quien así actuaba podía entonces ser un sociólogo, un técnico, un experto o un burócrata, pero no podía ser un intelectual, demostrando una vez más que la noción

“intelectual” es una construcción, a la vez colectiva e individual, organizada sobre un sistema de admisiones y exclusiones históricamente cambiantes y socialmente sancionadas.

No existen hasta el momento trabajos que hayan intentado dar cuenta del Proyecto Marginalidad como un caso desde el cual es posible reconstruir las redes y trayectorias que conformaron un reducido, pero denso, corredor de intercambios entre los científicos sociales latinoamericanos y sus colegas del norte, cuyo contexto internacionalizado no estuvo exento de conflictos, intereses y malentendidos culturales. Tal vez la extendida imagen acerca de que los Estados Unidos se convirtieron desde los años sesenta en un límite absoluto que, como ha dicho Claudia Gilman, “ni los cuerpos podían cruzar”, no haya permitido considerar que para el específico caso de los científicos sociales esta frontera ideológica fue más porosa sin por ello ser menos problemática. El caso del Proyecto Marginalidad muestra el modo en que la relación entre un organismo internacional, unas instituciones latinoamericanas y un grupo de científicos sociales de trayectorias diversas, no puede ser reducida a una interpretación unilateral de la dominación ni exterior a las relaciones de poder inherentes a la vida intelectual, aun en un contexto donde la pretensión de hacer de las ciencias sociales un instrumento auxiliar de intereses puramente militares no estaba ausente. El problema es más complejo si como punto de partida se propone un ejercicio de reconstrucción de los modos de agregación y las lógicas de funcionamiento de una “comunidad científica” internacionalizada sobre la hegemonía intelectual de los Estados Unidos, pero actuante en una red de actores, intereses, estrategias e ideas difícilmente reductibles a las connotaciones de una maniobra de penetración.

9 Claudia Gilman menciona el Proyecto Marginalidad junto a casos como el de la revista **Mundo Nuevo** y los proyectos Camelot, Job y Simpático, señalando que se inscriben en una segunda oleada de seducción por parte de los Estados Unidos hacia sociólogos y escritores (la primera habría sido hacia los artistas). Para Gilman, los sociólogos se habrían demostrado más receptivos a la política de las fundaciones norteamericanas que los escritores, que le opusieron una resistencia militante y activa (**Entre la pluma y el fusil**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 68-69). En un registro sin duda más polémico, Néstor Kohan no duda en señalar que el Proyecto Marginalidad tuvo la misma naturaleza que el Camelot, Agile y Simpático desde el momento en que considera a la Fundación Ford como un apéndice de la CIA destinado a neutralizar los elementos y los movimientos de izquierda reacios a una cooptación más desembozada (“La guerra cultural y la fabricación industrial de consenso” (en <http://lahaine.org/amauta/b2-img/guerraculturalford.pdf>, última consulta mayo de 2008). Ana Longoni también menciona el debate sobre el Proyecto Marginalidad en un artículo dedicado a analizar la política cultural del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura-FATRAC (“El Fatrac, frente cultural del PRT-ERP”, en **Lucha Armada en la Argentina**, n° 4, Buenos Aires, 2005, pp. 20-33), mientras que Beatriz Sarlo lo pone como ejemplo de la “politización irrefrenable del campo científico” (*op. cit.*, p. 73).

10 Filippa, Ana, “La sociología científica argentina y la política en los años sesenta. El caso del Proyecto Marginalidad”, en Mario Albornoz et al., **Ciencia y Sociedad en América Latina**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, pp. 151-158. Este trabajo es el único entre los mencionados que tiene como objeto específico el Proyecto Marginalidad.

11 Concebido en las oficinas del Pentágono y ejecutado a través de una dependencia de la Universidad Interamericana de Washington, el Plan Camelot buscaba establecer parámetros que permitieran predecir y controlar potenciales “guerras internas” en el Tercer Mundo, a través de una investigación a gran escala que contaría con la participación de más de un centenar de científicos sociales seleccionados en distintos países. Con un presupuesto de seis millones de dólares, fue el mayor proyecto de ciencias sociales en la historia de los Estados Unidos, pero su vida fue corta. Unos meses después de conocerse los documentos preliminares y en el medio de un escándalo internacional, el presidente Lyndon Johnson lo canceló. De la abundante bibliografía que existe sobre el Plan Camelot se pueden consultar los trabajos Louis Horowitz (“Vida e morte do Projeto Camelot”, en **Revista Civilização Brasileira**, año 1, n° 8, Rio de Janeiro, 1966), Gregorio Selsler (**Espionaje en América Latina**, Buenos Aires, Iguazú, 1966), Johan Galtung (“Después del Proyecto Camelot”, en **Revista Mexicana de Sociología**, año XXX, vol. XXX, n° 1, México, 1968) y Francis Manno y Richard Bednarck (“El proyecto Camelot”, en **Foro Internacional de Sociología**, n° 2, México, 1968). Trabajé sobre estas discusiones en un ensayo monográfico anterior (“Ciencia y guerra fría. El Plan Camelot y los debates sobre el imperialismo cultural”, mimeo, 2007).

Actores/ Instituciones/ Conflictos

El DESAL, institución fundada en 1962 por el teólogo jesuita Roger Vekemans, estaba dedicado a los estudios urbanos y particularmente al tema de la marginalidad, concepto que situaba en el marco de la teoría de la modernización. Como el ILPES, fundado también en 1962 bajo la dirección del economista argentino Raúl Prebisch, DESAL era una de los varios centros interdisciplinarios que se crearon en Chile luego de la etapa fundacional de institucionalización de las ciencias sociales en las universidades públicas y privadas durante los años cincuenta. Estos centros se destacarán por abordar estudios empíricos sobre áreas consideradas problemáticas como el desarrollo, la agricultura, la educación y la planificación regional, o bien por encarar análisis globales sobre las sociedades latinoamericanas.

Doctorado en sociología por la Universidad de Lovaina, Roger Vekemans llegó a Chile en 1957 con la misión de formar el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), dependiente de la Compañía de Jesús. Fue uno de los primeros sociólogos que colaboró en la confección de encuestas para la Oficina de Sociología Religiosa (OSORE), organismo que a través de las encuestas sobre prácticas religiosas contribuyó de manera decisiva en la formación del campo de estudios de opinión pública en Chile, al mismo tiempo que satisfacía la creciente preocupación de las

autoridades católicas por lograr una iglesia “más realista” y sensible a las necesidades de sus fieles.¹²

En 1959, Vekemans creó la Escuela de Sociología de la Universidad Católica, baluarte en el proceso de institucionalización de la sociología científica en Chile. Aunque en un principio el religioso le imprimió una orientación guiada por la filosofía y la doctrina social de la iglesia, la carrera fue cambiando hacia un perfil más académico a medida que regresaban los primeros postgraduados de los Estados Unidos, como Raúl Urzúa y José Sulbrant. En efecto, gracias a la ayuda de agencias internacionales, especialmente de la Fundación Ford, Vekemans, como también lo hizo Gino Germani en la Argentina, promovió activamente la formación de jóvenes académicos en el exterior mediante un aceitado sistema de becas y apoyos a la investigación.

Preocupado por lo que consideraba una “situación prerrevolucionaria” en el subcontinente, Vekemans definió los términos de una teoría de la modernización para Chile que se convirtió en la doctrina oficial de la “revolución en libertad” del gobierno democristiano de Eduardo Frei Montalvo (1964-1970).¹³ En este marco, creó desde la Universidad Católica los programas de Promoción Popular, que basados en una concepción culturalista de los problemas de desigualdad social, se orientaban a fomentar mecanismos de integración de los marginales a la sociedad moderna. Desde la Escuela de Sociología el gobierno democristiano se nutrió de cuadros técnicos y acogió en los organismos del Estado a las primeras camadas de científicos sociales chilenos, particularmente sociólogos, que tuvieron una destacada actuación política durante este periodo.¹⁴

Como producto de la reforma universitaria de 1967, Roger Vekemans, antimarxista acérrimo, perderá su lugar de referente dentro de la Universidad Católica. En 1971, luego del triunfo de la Unidad Popular, dejó Chile y se trasladó a Colombia, donde crea el Centro de Estudios para el Desarrollo e Integración de América Latina (CEDIAL) y, junto al obispo Alfonso López Trujillo, **Tierra Nueva**, publicación dedicada a proponer una orientación teológica y de análisis social alternativa a la teología de la liberación.¹⁵

Al momento de recibir el *grant* de la Fundación Ford, Vekemans se había visto envuelto en un escándalo que lo vinculaba a la CIA: según los denunciantes, él mismo se jactaba de haber desviado cinco millones de dólares provistos por la central de inteligencia norteamericana para la campaña de Frei Montalvo. Según los propios reportes de la Fundación Ford, la incorpora-

ción de ILPES como segunda entidad patrocinante del Proyecto Marginalidad, se debió a que algunos miembros de la fundación se sentían “incómodos” con la conexión con DESAL. La amarga experiencia del Plan Camelot les hacía prever que patrocinar un estudio sobre poblaciones marginales a través de una institución que brindaba muy escasas garantías de imparcialidad política y distinción académica, era una apuesta arriesgada. Aun así, y dado que dentro de la estrategia de la Fundación Ford dar apoyo al gobierno de la democracia cristiana era un objetivo fundamental, el proyecto fue recubierto de las prevenciones necesarias ante las implicaciones políticas que pudieran surgir en el futuro. Nita Manitzas, asesora de la Fundación Ford, aseguraba en un informe de 1973 que:

El propósito básico de este proyecto fue iluminar, a través de la investigación empírica, las causas y las condiciones de marginalidad en la región. El propósito último era proveer información y análisis para la política social de la administración democristiana del presidente Eduardo Frei y “recomendar al gobierno chileno dónde y cómo era mejor concentrar sus recursos para la integración de los grupos marginales a la sociedad chilena”. Para alcanzar este último fin, se esperaba que estas conclusiones empíricas permitieran a los investigadores “identificar las técnicas de ‘promoción popular’ que fueran más efectivas para incorporar a los diversos tipos de población marginal”.

El programa “estratégico” de la Fundación Ford en ese momento era darle un gran apoyo a la administración de la Democracia Cristiana, y el “Proyecto Marginalidad” fue concebido en este marco.¹⁶

Es en este contexto que se decide la incorporación de ILPES —institución creada para organizar y promover políticas de planificación en el marco de los desarrollos teóricos cepalinos—¹⁷ y de su subdirector, Fernando Henrique Cardoso, como integrante de un Consejo Asesor formado además por Florestan Fernandes (Brasil), José Silva Michelena (Venezuela), Alessandro Pizzorno (Italia), Kalman Silvert (Estados Unidos) y José Medina Echavarría (Chile). Este consejo va a proponer una terna de posibles

12 Cordero, Rodrigo y Gonzalo Tapia (2007), “Antecedentes Históricos y Desarrollos Metodológicos de la Industria de la Opinión Pública en Chile”, en **Documentos de trabajo ICSO**, año 3, n° 5, 2007, pp.12-14.

13 Para una visión del reformismo cristiano de Vekemans en el contexto latinoamericano, Cfr. Floreal Forni, “Ética Social: El dilema del Catolicismo en el contexto latinoamericano”, en **Sociedad y Religión**, n° 2, Buenos Aires, 1986.

14 Garretón, Manuel Antonio, “Social sciences and society in Chile: institutionalization, breakdown and rebirth”, en **Social Science Information sur les Sciences Sociales**, vol. 44, n° 2-3, París, 2005 [Traducción al español disponible en: <http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Ciencias%20sociales%20en%20Chile.pdf>].

15 Berryman, Phillip, **Teología de la liberación**, México, Siglo XXI, 1989.

16 A basic purpose of the project was to illuminate, through empirical research, the causes and conditions of “marginality” in the region. A further purpose was to provide information and analyses to the policy-makers of President Eduardo Frei’s Christian Democratic Administration and to “recommend to the Chilean Government where and how it might better concentrate its resources for the integration of marginal groups into Chilean society”. To achieve this latter end, it was hoped that their empirical findings would enable the researchers “to identify the techniques of ‘popular promotion’ that might be most effective in incorporating the various types of marginal populations”.

The Foundation’s program “strategy” at the time was highly supportive of the Christian Democratic Administration, and the “Marginality Project” was constructed within this framework [Las traducciones son de la autora]; Inter-office Memorandum to Peter Bell from Nita Manitzas (April 4, 1973) (PA 68-143, Ford Foundation Archives), p 2.

17 ILPES fue junto a CEPAL y CLACPS (Consejo Latinoamericano de Pesquisas en Ciencias Sociales) uno de los pilares en la constitución de una comunidad latinoamericana de científicos económico-sociales, cfr. Devés Valdés, Eduardo, “La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económico-sociales chilenos durante los largos 1960”, en **Historia**, n° 2, vol. 37, Santiago de Chile, 2004.

directores, entre los que estaban Florestan Fernandes, Cardoso y José Nun.

Años después, los funcionarios de la Fundación Ford se valdrían de la experiencia del Proyecto Marginalidad para reconsiderar el “conflictivo” vínculo entre investigación y acción social que atravesaba todos sus programas. Desde el momento en que se consideraban una “agencia de asistencia al desarrollo” [Development Assistance Agency] les resultaba obvio apoyar investigaciones por “otras razones” a las de su valor intrínseco como tales, por lo que la tensión entre los requerimientos de competencia académica y el diseño de políticas y acciones era permanente. En el caso de DESAL

la tensión era demasiado grande para ser resuelta; el límite entre los objetivos de investigación y los objetivos políticos era lo suficientemente oscuro como para hacer la investigación “básica”, con un sustento teórico serio, imposible (Una vez que el vínculo con DESAL se rompió, por supuesto, esta tensión se alivió; los problemas de la investigación tomaron entonces una dimensión diferente, a saber, la limitada experiencia y competencia de los mismos investigadores)¹⁸

Fernando Henrique Cardoso, doctor en sociología por la Universidad de San Pablo, había llegado a Chile luego del golpe de Estado de 1964, que lo obligó a partir al exilio. Formado en los rigores teóricos e institucionales de la academia paulista, Cardoso estaba entrenado en un estilo sociológico mediado por la institución universitaria, organizado sobre un sistema de reconocimientos y jerarquías reglado por las normas generales del trabajo teórico, universalista y fuertemente integrado al campo de las ciencias sociales internacionales. Será en ese marco que, a partir del llamado “Seminario sobre Marx”, que organizó en 1958 junto a José Arthur Giannotti, Cardoso se instaló en la Universidad de San Pablo como un referente del marxismo universitario, destinado a convertirse desde entonces en un verdadero nuevo paradigma para las ciencias sociales brasileñas.¹⁹ Entre 1966 y 1967, en el marco de su trabajo en el ILPES, Cardoso escribió junto a Enzo Faletto un libro que sería fundamental para el pensamiento latinoamericano: **Dependencia y Desarrollo en América Latina**.

Si para Manitzas el hecho de poner a trabajar juntos a Cardoso y Vekemans era al menos problemático, la inclusión de José Nun como director de la investigación le resultaba, retrospectivamente, “una aberración desde todo punto de vista”. Nun, que tenía entonces 31 años, se había recibido de abogado por la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1961. Durante su paso por la universidad fue electo presidente del Centro de Estudiantes de la

Facultad de Derecho por el Movimiento Universitario Reformista, luego de que éste se dividiera entre un sector antiperonista moderado, representado en la candidatura de Nun, y otro más radical que tomará el nombre de Agrupación Reformista Democrática. Un año después de su graduación realizó una especialización en “Problemas de Desarrollo Económico”, un programa organizado por la CEPAL que tenía como objetivo primordial la creación de cuerpos de funcionarios técnicos estatales en distintos países de América Latina.²⁰ En 1964, terminó sus estudios en la *Fondation Nationale des Sciences Politiques* (Science Po), al mismo tiempo que trabajaba con Alain Touraine en la *École Pratique des Hautes Études*, donde también cursaba sus estudios Cardoso. De esa época data una amistad entre ambos investigadores que los avatares del Proyecto Marginalidad darían fin apenas unos años después.

Cuando fue convocado para tomar la dirección del Proyecto Marginalidad Nun se encontraba como profesor visitante del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de California, Berkeley, donde fue invitado, gracias a la mediación de Miguel Murmis, por David Apter, politólogo dedicado a los problemas de modernización y desarrollo y estudioso de los procesos políticos del Tercer Mundo, particularmente del nacionalismo africano. En el marco de esa estadía Nun presentó, ante un auditorio de renombrados intelectuales reunido en la Universidad de Stanford, una ponencia que le valdrá la entrada exitosa al mundo académico norteamericano. En efecto, el artículo “Un fenómeno latinoamericano: el golpe militar de clase media” fue objeto de numerosas ediciones en distintos países y se constituyó en bibliografía obligatoria de los cursos sobre América Latina dictados en las universidades norteamericanas.²¹ Tal reconocimiento le valió a Nun un contrato por cinco años para trabajar como investigador y docente en Berkeley, que terminó rechazando para asumir la dirección del Proyecto Marginalidad.

En la Argentina, el equipo de investigación quedó conformado por Miguel Murmis, Juan Carlos Marín, Marcelo Nowerstein y Ernesto Laclau (en reemplazo de Tulio Halperin Dongui, quien declinó la oferta). Según el propio Nun, la formación de este equipo le supuso las primeras advertencias de imprudencia política por parte de sus colegas en Santiago de Chile.

Murmis, de 33 años, era egresado de la carrera de filosofía de la UBA. En 1957, junto a otros estudiantes del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (CEFYL), colaboró con Gino Germani en la creación de la carrera y el departamento de sociología de esa misma universidad. De inmediato pasó a estar a cargo de dos investigaciones y en 1960, gracias a una beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, se instaló en la Universidad de California con el objetivo de obtener su doctorado

18 (...) the tension was probable too great to be resolved; the boundary between research objectives and political objectives was sufficiently obscure as to make “basic” research, of serious theoretical significance, impossible (Once the DESAL link was severed, of course, this tension was alleviated; the research problem then took on a different dimension, namely, the limited experience and competence of the investigators themselves), Manitzas, *op. cit.*, p. 9.

19 Cfr. Pécaut, Daniel, **Os intelectuais e a política no Brasil**, São Paulo, Atica, 1990, pp. 211-222.

20 El programa se desarrolló en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Para una aproximación a este tema en el marco de la recepción de las ideas desarrollistas en este período consultar en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, “Los economistas. El Instituto Torcuato Di Tella y las nuevas elites estatales en los años sesenta”, en *op. cit.*, pp. 238-240.

21 En la Argentina el artículo fue publicado, en una versión revisada, por la revista **Desarrollo Económico** bajo el título “América Latina: La crisis hegemónica y el golpe militar”, n° 22/23, Buenos Aires, 1966, pp. 355-415.

en sociología.²² A su regreso a Buenos Aires se puso al frente de la cátedra de Sociología Sistemática junto a Eliseo Verón, que volvía de cursar sus estudios con Lévi-Strauss en el Laboratorio de Antropología Social del *Collège de France*. Esta experiencia fue emblemática de los intentos de renovación curricular que los discípulos de Germani ensayaron a partir de su experiencia en el exterior.²³ Intentos que muy pronto fueron vistos por los estudiantes, incluso por algunos de aquellos que participaban como ayudantes docentes del grupo germaniano, como una vocación elitista amparada en la búsqueda de una renovación de las ciencias sociales. Si elevar el nivel de la carrera era leído como la búsqueda de una separación tácita entre aquellos que estaban mejor preparados y los que “habían perdido el tren de la historia”, es cierto también que la emergencia de un discurso crítico a los valores de occidente, merced al nacimiento de esa construcción novedosa que empezó a llamarse “Tercer Mundo”, colaboró en la progresiva formación de un discurso nacionalista para las ciencias sociales que no tardó en encontrar en la síntesis entre elitismo científico y subsidios extranjeros, la medida de su intervención.²⁴

En 1966, poco antes de producirse el golpe de Estado de Juan Carlos Onganía, Miguel Murmis y Juan Carlos Marín participaron de la creación del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO), junto a Eliseo Verón, Silvia Sigal, Inés Izaguirre y Darío

22 Cfr. **El departamento y la escuela de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Informe del director**, Buenos Aires, mecanografiado, 1961.

23 El proceso de ruptura del núcleo fundador de sociología se fundamentó tanto en una postura crítica hacia el proyecto intelectual de Germani (que venía imponiéndose como demanda de parte del movimiento estudiantil principalmente trotskista y comunista) como en el quiebre del espacio liberal-socialista que hasta entonces le había dado cohesión política. Según el propio Marín, las críticas del movimiento estudiantil se dirigían hacia el autoritarismo que reinaba en algunas cátedras, particularmente las metodológicas, dictadas por Germani. También se impugnaba la presencia de Carlos Alberto Erro (la pata liberal del proyecto institucionalista de Germani) como docente titular de la cátedra de Sociología Argentina, al que algunos estudiantes propusieron reemplazar por el intelectual trotskista Silvio Frondizi; Cfr. Alberto Noé, “Gino Germani y la sociología en la Argentina. Entrevista a Juan Carlos Marín”, en *Antroposmoderno*, <http://www.antroposmoderno.com> (última consulta mayo de 2008).

24 Sobre esto explica Alcira Argumedo: “Esta crítica a Verón y Murmis —que coincidió para muchos de nosotros con el hecho de estar trabajando con ellos; por ejemplo, en mi caso, yo era auxiliar docente de Murmis, o sea que estaba entre lo VIP— era el distanciamiento o la caracterización de la problemática político-social de la Argentina. Era para nosotros... pensó que el contexto externo no solamente estaba signado por la resistencia peronista, a la cual cada uno de nosotros iba de alguna manera acercándose, sino también por toda la problemática al nivel del llamado tercer mundo. Venía la Revolución Cubana, lo que había sido Mao Tsé Tung, Gandhi, Sukarno, Lumumba, etc., en fin, toda una movilización de estos pueblos, considerados por el pensamiento occidental menos que humanos. Empezaban a cuestionar si occidente era el que tenía la verdad, es decir, si era tan cierto esto de civilización o barbarie, del conocimiento occidental como *la* cultura universal, como *la* ciencia, etc. Y bueno, ahí van a venir los primeros cuestionamientos, los primeros enfrentamientos acerca de cuál era el papel de las ciencias sociales en estos procesos. Ya intervenida la universidad, hubo un muy fuerte debate, muy consistente, alrededor de si la ciencia era objetiva y podía ser financiada por las fundaciones norteamericanas, o si esto condicionaba muy fuertemente e incluso si significaba darles datos que no convenía dar a los organismos internacionales”; entrevista realizada por Florencia Maderna en Horacio González (comp.), **Historia crítica de la sociología argentina**, Buenos Aires, Colihue, 2000, pp. 483-484.

Cantón. Este centro pretendía transformarse en una alternativa a la disputa entre liberales y humanistas dentro de la universidad al mismo tiempo que se asentaba en una perspectiva marxista que, según sus protagonistas, resultaba imposible desarrollar

desde el Instituto de Sociología.²⁵ Las primeras denuncias del Proyecto Marginalidad no dudaron en vincular al CICSO con la operación “de penetración imperialista”, buscando con ello reforzar los lazos de continuidad entre el marxismo y la tradición de los letrados liberales, aparentemente hermanados en su vocación antinacional y su maquiavelismo retórico.²⁶

La inclusión de Nowerstein y Laclau fue quizás lo que, a posteriori, permitió que el Proyecto Marginalidad entrara de lleno en los enfrentamientos de la política universitaria, en la que ambos tenían activa participación. En efecto, Nowerstein, convocado por Nun en su calidad de economista, era en ese momento dirigente de la Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista (TERS) y militante del partido trotskista Política Obrera; Ernesto Laclau era director de **Lucha Obrera**, órgano del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) liderado por Jorge Abelardo Ramos.²⁷

Una vez formado el equipo de investigadores en la Argentina y Chile, y aceptadas las exigencias de Nun sobre la dependencia directa de la investigación del Consejo Asesor, con prescindencia de las entidades patrocinantes, se firmó el contrato para encarar un estudio empírico de la marginalidad urbana y rural, que además de Chile, incluía Argentina (incorporada más por la presencia de los investigadores argentinos que por un interés específico), República Dominicana y Guatemala. Nun y Marín emprendieron un viaje a estos últimos países con el propósito de contactar equipos de investigación para los trabajos de campo y es entonces cuando se inició una confusa puja de poder protagonizada, en principio, por Roger Vekemans, quien contándose entre los promotores iniciales del proyecto, desde su inicio tomó la iniciativa para tener el control sobre éste. Según el testimonio de Nun, Vekemans, aparentemente dueño de una *libido dominandi* escasamente sublimada, inició una campaña contra el equipo argentino con el objetivo de apartarlos de la investigación, aduciendo que Nun había aprovechado los fondos que la Fundación le otorgaba en calidad de asesor para viajar por Latinoamérica haciéndose acompañar con “un secretario”. Ante la sorpresa de Nun, Cardoso fue menos solidario que lo que lo que la amistad entre ambos permitía suponer, mostrándose igualmente interesado que Vekemans en quedarse con la dirección del proyecto a cambio de salvaguardar la mancillada imagen del investiga-

25 Balvé, Beva, “Acerca de las vicisitudes por defender un método de investigación (teórica y prácticamente)”, en **Razón y Revolución**, n° 14, Buenos Aires, 2005.

26 Cfr. Fuerza Nacionalista Revolucionaria, “Espionaje yanqui”, s/d, Buenos Aires, c. 1968.

27 La militancia de Laclau en el PSIN se extendió hasta fines de 1968, coincidiendo su ruptura con el inicio del debate sobre el PM. Para un panorama de esta etapa político-intelectual de Laclau, así como un análisis de dos artículos fundamentales del periodo —escritos, precisamente, en el marco del Proyecto Marginalidad— puede consultarse el ensayo de Martín Bergel, Mariana Canavese y Cecilia Tossounian, “Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau”, en **Políticas de la Memoria**, n° 5, Buenos Aires, 2004/2005, pp. 149-158.

dor argentino.²⁸ A esta altura tanto ILPES como DESAL habían ofrecido a la Fundación Ford rescindir el contrato y devolver los fondos del proyecto, con la idea de solicitarlo nuevamente, con otros investigadores. En el primer capítulo del conflicto, parece claro entonces que los motivos tuvieron poco que ver con presiones de la Fundación Ford o desacuerdos teóricos y mucho con disputas de poder entre los científicos latinoamericanos, situación que la Fundación más tarde explicaría por la pertenencia de éstos al “microcosmos sofista de la política tradicional latinoamericana”.²⁹

De todos modos, la posición de la Fundación Ford, al menos en su sede de Santiago de Chile, fue favorable a los investigadores argentinos y aceptó convocar al Consejo Asesor para que tomara cartas en el ya escandaloso conflicto. Fue entonces cuando Nun, en colaboración con Miguel Murmis, escribió con premura “La marginalidad en América Latina: informe preliminar”, un trabajo organizado sobre un instrumental teórico marxista que se encargaba de establecer claras distinciones con los enfoques que sobre la marginalidad venían desarrollando ILPES y DESAL, situando por primera vez el problema en el marco de las relaciones de producción de economías capitalistas dependientes.³⁰

Antes de que el Consejo Asesor pudiera reunirse, Kalman Silvert, especialista en temas latinoamericanos y profesor visitante del Departamento de Sociología de la UBA desde 1958, le solicitó a Nun que viajara con urgencia a Nueva York para dar explicaciones acerca de su inadmisibles “falta de adaptación a las reglas del juego” y, al mismo tiempo, ofrecer una generosa indemnización al equipo argentino para que se retirara del proyecto sin perjuicios económicos.³¹ Al recibir una respuesta negativa, la Fundación Ford debió retractarse y aceptar que el proyecto continuara bajo nuevas condiciones. Las ofertas contradictorias y poco apegadas a las normas burocráticas que asumieron los funcionarios de la Fundación Ford, indican que estaban concientes de las consecuencias políticas a las que se exponían. Si por un lado algunos no querían aparecer apoyando las posturas de la DESAL, institución que ellos mismos juzgaban poco sospechosa de neutralidad política, por otro había quienes se consideraban obligados a aceptar poner al frente de un proyecto costoso y complejo a un equipo de científicos sociales “inteligentes pero inexpertos” con tal de no aparecer discriminando a los argentinos “por ser marxistas”. En un memorando cursado a sus colegas en agosto de 1967, Kalman Silvert, a quien ya sabemos

en contra de la decisión de continuar trabajando con Nun y su equipo, les advertía:

Ninguno de los investigadores principales (Nun, Murmis, Marín) ha completado alguna vez un proyecto de investigación a gran escala. Ninguno de ellos ha completado un doctorado. Entre todos no han publicado los suficientes artículos como para hacer un libro de ensayos. Ya que el funcionamiento en el pasado es estadísticamente (aunque no lógicamente) el mejor indicador del funcionamiento futuro, cualquier hombre razonable tendría dudas sobre su capacidad de concluir esta investigación propuesta.³²

Finalmente, la Fundación Ford decidió que el Proyecto Marginalidad fuera trasladado al Centro de Investigaciones Sociales (CIS) del Instituto Di Tella, institución que había recibido fondos de este organismo desde su fundación en 1958, y que, luego del golpe de Estado de 1966, recibió a intelectuales y profesores cesanteados a raíz de la intervención a la UBA. En estos años, en el CIS se encontraron trabajando importantes representantes de la “sociología marxista”, como la denominó Francisco Delich (los nacionalistas optaron por llamarla “neocientificista”), como Eliseo Verón, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero. En total, el Di Tella recibió por el Proyecto Marginalidad 194 000 dólares, suma compuesta del saldo del subsidio original más 15 000 dólares otorgados para sufragar los gastos de un nuevo Comité Asesor, que esta vez, a sugerencia de Nun, estuvo compuesto por Eric Hobsbawm (Universidad de Londres), David Apter (Universidad de California, Berkeley) y Alain Touraine (Universidad de París). Una vez recortado el proyecto al estudio de poblaciones rurales y urbanas de Chile y la Argentina, el equipo de investigadores quedó compuesto por Nun, Murmis y Marín como investigadores principales, Ernesto Laclau, Marcelo Nowerstein, Beba Balvé y Néstor D’Allesio como investigadores asociados, Inés Villascuerma como asistente y Mercedes Valentini como secretaria.

La pregunta que aparece es: ¿Por qué si importantes funcionarios de la Fundación Ford consideraban, y lo siguieron sosteniendo retrospectivamente, que los investigadores argentinos no tenían una posición académica adecuada para estar al frente del proyecto accedieron igualmente a sus exigencias? Una de las respuestas posibles es que se trató de una decisión política atenta a las dificultades que desde el escándalo del Plan Camelot encontraron los organismos internacionales estadounidenses para conservar su lugar en el campo cultural y científico latinoamericano. La imagen de estos organismos sufrió un grave, aunque no determinante, deterioro luego de que salieran a la luz los intereses puramente militares de proyectos como el Camelot, cuya particularidad fue estar directamente organizado por las fuerzas armadas estadounidenses, pero que un contexto ideológico marcadamente antiimperialista afectó por extensión a cual-

28 Entrevista con José Nun realizada por la autora en abril de 2008.

29 Request ID-52: Background and Justification (1968) (PA 68-143, Ford Foundation Archives).

30 Poniendo a prueba la literatura clásica con la especificidad histórica del proceso de acumulación capitalista en América Latina, los autores van a señalar que, considerada la marginalidad en el marco de un mercado de trabajo dependiente, esta cumple la función de un ejército de reserva “excesivo”, cuya no incorporación al sistema reviste rasgos estructurales permanentes. En el artículo aparecido un año después en la *Revista Latinoamericana de Sociología* Nun va a precisar esta teorización a través del concepto de “masa marginal”, que se analizará más adelante.

31 Entrevista con José Nun...

32 No one of the principal investigators (Nun, Murmis, Marín) has ever completed a large-scale piece of research. No one of them has completed a doctorate. Among them, they have not published sufficient articles to make up one book-length series of essays. Since past performance is statistically (not necessarily logically) the best indicator of future performance, any reasonable man would have doubts as to their ability to conclude this proposed research; Mantizas, *op. cit.*, pp. 5-6.

quier investigación realizada con financiación externa, desatando lo que el uruguayo Ulises Graceras llamó una “ola inquisitorial” contra la sociología y los sociólogos por parte de comunistas y nacionalistas.³³ Sin el clima de sospecha generalizada que latía en el campo cultural latinoamericano, resultarían incomprensibles las prevenciones y maniobras de la Fundación Ford para despejar toda sospecha de intencionalidad política, persecución ideológica o falta de rigor académico con las cuales abordó la ejecución del Proyecto Marginalidad, objetivo que, según sus propias conclusiones, de todos modos no consiguió. Estas prevenciones políticas, sin embargo, no ocultaban que por el reverso de los juicios académicos aparecían posiciones ideológicas acerca de la definición de las ciencias sociales y de la tarea del científico social que jugaban un papel fundamental en los sistemas de representaciones a partir de los cuales se consideraba a los latinoamericanos como “intelectualmente subdesarrollados” y de “segunda clase” a la ciencia social que se hacía al sur del Río Grande, como el propio Silvert la definió cuando, al mismo tiempo que defendía la visión parsoniana de la “tarea intelectual”, advertía los peligros que suponía que los norteamericanos se “plegaran románticamente” a las decisiones latinoamericanas en cuanto a la selección de los temas de investigación.³⁴

Al hacer un balance de toda la experiencia del Proyecto Marginalidad, lo que para Manitzas resultaba incomprensible era cómo nadie en la Fundación había, en primer lugar, reparado en el hecho de que poner a trabajar juntos a un “marxista declarado” como Nun con Vekemans y Cardoso, iba a ocasionar problemas muy superiores a la aparente ventaja que suponía dar una imagen de pluralismo y neutralidad ideológica. Desconocer que ese pluralismo, para funcionar, requería de cierto consenso sobre las “reglas del juego” que los argentinos aparentemente no garantizaban era casi tan grave como dejar pasar el hecho de que las distintas posiciones ideológicas jugarían algún rol en la selección de la teoría y la metodología, en el diseño de la investigación y, efectivamente, en la definición de la pregunta de la investigación.

Kalman Silvert no era de la misma opinión. En un memorando datado el 26 de junio de 1973, cuando ya era secretario para asuntos latinoamericanos de la Ford, afirmaba que nadie en la Fundación podría haber sido “tan *naïve*” como para pensar que el pluralismo aseguraba objetividad. En realidad, explicaba, la idea detrás de la elección de Nun fue poner a trabajar juntos a gente con un común interés por el tema. Después de todo, tanto Cardoso como Nun eran “marxistas soft”, es decir, con una inclinación general, y a un nivel intelectual, por el marxismo, pero sin una pertenencia a un partido específico, y Vekemans, aunque renegaba del marxismo y de la izquierda, era llamado el “cura rojo”. La definición de las causas de la marginalidad tampoco, en la apreciación de Silvert, eran demasiado diferentes entre los tres, y las distinciones aparecían más al momento de definir las

soluciones. En su opinión, eran la ambición, la personalidad, las diferencias culturales y el juvenilismo los que habían hecho su habitual trabajo de destrucción:

La ideología fue la tela con la cual los dos mayores actores eligieron vestir a su mutuo desprecio, su competencia sobre quién era el “jefe”, y las raíces profundas de sus antagonismos normativos (...) La suposición incorrecta que se hizo fue sobre la base de que un común profesionalismo de los actores principales superaría otras divisiones. Esta suposición fue, por supuesto, totalmente equivocada, e informalmente desde ese entonces hemos empezado a ser cautelosos de mezclar cierto tipo de argentinos con otros, o mejor, ciertos tipos de chilenos con otros.³⁵

Marxismo y polémica

Aunque la Fundación Ford aceptó trasladar el Proyecto Marginalidad al Instituto di Tella, se negó a ampliar el monto del subsidio, a pesar de que los investigadores advirtieron repetidamente que la continuidad y conclusión de los trabajos dependían de la llegada de nuevos fondos. De hecho, los trabajos de campo debieron ser recortados a tres áreas principales (el Valle Central de Chile, la provincia de Chaco y el Gran Buenos Aires) y según se desprende del informe de avance presentado en diciembre de 1968, en el caso de Chile, donde el trabajo se limitó a estudiar la marginalidad en zonas rurales y particularmente el caso de los “fundos”, la continuidad del plan propuesto dependía de la obtención de una ayuda que se estaba negociando con la Universidad de Concepción.³⁶

En diciembre de 1969, los plazos de finalización del Proyecto Marginalidad expiraron oficialmente, pero sólo cuatro años después la Fundación Ford le dio el cierre definitivo, ante la evidencia de que el informe final que aguardaban nunca llegaría. Los resultados del trabajo que efectivamente se materializaron fueron la edición, en diciembre de 1968, del “Informe Preliminar” como documento de trabajo n° 53 del CIS, una bibliografía para el estudio de la marginalidad en el noroeste argentino, confeccionada por Inés Villascuerna, bajo la dirección de Laclau, publicada también por el Instituto en mayo de 1970, y los artículos preparados para el número especial de la **Revista Latinoamericana de Sociología** (1969), en el que se incluía además un informe general redactado por José Nun.

33 Graceras, Ulises, “Los ataques a la investigación social (el Plan Camelot en Uruguay)”, en **Anuario de Sociología de los Pueblos Ibéricos**, vol. 4, Madrid, 1968, pp. 71-111.

34 Citado en Orlando, Fals Borda, “Ciencia propia y colonialismo intelectual”, en *Ibidem*, p. 66.

35 Ideology was the cloth in which the two major actors robed their mutual dislike, their competitiveness over who was “boss”, and their deep-rooted normative antagonisms (...) The incorrect guessing that was done was based on the notion that the common professionalism of the principal actors would overcome other cleavages. That supposition was, of course, entirely wrong, and informally we have ever since been wary of mixing certain kinds of Argentines with others, or indeed certain kinds of Chileans with others”; Inter-office Memorandum to William Carmichel from Kalman Silvert (June 26, 1973) (PA 68-143, Ford Foundation Archives).

36 Marginality in Argentina and Chile. Report of activities (1969) (PA 68-143, Ford Foundation Archives).

Es importante destacar que este conjunto de trabajos tuvo un impacto inmediato en la discusión sobre la problemática de la marginalidad dentro del pensamiento sociológico latinoamericano, al apartar definitivamente el concepto de los enfoques de la teoría de la modernización e introducirlo en el marco de un análisis de las relaciones sociales de producción en un contexto de capitalismo dependiente. Esto significó, además, el inicio de una discusión teórica de gran repercusión, al interior mismo del marxismo, en torno al concepto de "masa marginal", acuñado por Nun sobre la base de una relectura de los textos de Marx y ciertas premisas epistemológicas althusserianas.³⁷

Para la Fundación Ford, sin embargo, estos aportes resultaron totalmente insuficientes, y sus funcionarios se vieron obligados a sacar lecciones de una experiencia a sus ojos nada satisfactoria. Conclusión comprensible desde su punto de vista, teniendo en cuenta que el subsidio fue otorgado originalmente con el objetivo de obtener información empírica que les permitiera a la comunidad académica y a los funcionarios públicos trabajar para la integración de los pobres urbanos y rurales a los beneficios de la sociedad moderna, y no para promover análisis teóricos marxistas.

Hasta donde sabemos, las supuestas publicaciones que debían alcanzar el grosor de varios libros como resultado del Proyecto Marginalidad nunca se materializaron. Lo que ha aparecido impreso hasta el momento parece ser más bien el escaso rendimiento de una inversión que finalmente llegó a más de 250 000 dólares. Si se tienen en cuenta los costos no monetarios, se podría también notar que probablemente ningún otro subsidio en América Latina ha sido tan costoso para la Fundación en términos de credibilidad, de sus relaciones con la comunidad académica y de su capacidad de encarar investigaciones sobre cuestiones importantes pero sensibles.³⁸

37 El artículo de Nun "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal" (*Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, n° 2, 1969) se plantea una lectura crítica de la asimilación corriente, en el pensamiento marxista, de las nociones ejército de reserva y superpoblación relativa, a partir de una recuperación de lo expuesto por Marx en los *Grundrisse*. Este artículo va a merecer una dura respuesta de Cardoso que apareció publicada en la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (Santiago de Chile, FLACSO, n° 1-2, 1971) bajo el título "Comentarios sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad"; la réplica de Nun "Marginalidad y otras cuestiones" apareció en el número cuatro de la misma publicación (1971). Los tres artículos fueron recuperados por el propio Nun en el libro *Marginalidad y exclusión social* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica 2001). Un análisis de esta polémica a la luz de lo dicho por Bourdieu sobre las "estrategias ideológicas" que adoptan la forma de "tomas de posición epistemológicas" resultaría sumamente iluminador pero escapa a los objetivos de este trabajo ("El campo científico", en *op. cit.*, p. 109). Para una relectura del Proyecto Marginalidad que tiene en cuenta las reformulaciones del Informe Preliminar realizadas por Nun en este artículo puede consultarse a Carlos Balvedere "El inconcluso 'Proyecto Marginalidad' de América Latina. Una lectura extemporánea, a casi treinta años", en http://www.elcorreo.eu.org/esp/article.php?id_article=5849 (última consulta mayo de 2008).

38 As far as we know, the several book-length publications that were supposed to result from the "Marginality Project" have never materialized. What has appeared in print thus far would seem to be a rather meager return on an investment that ultimately came to more than 250 000. If one considers the non-monetary toll, one might also note that probably no other grant in Latin America has been as costly

En vistas del estado público que tomó el tema cuando fue denunciado en la UBA, a partir de la expiración oficial del proyecto la Fundación Ford inició una confusa serie de propuestas cruzadas y contradictorias, y en dos oportunidades uno de sus funcionarios, Reynold Carlson, les ofreció a los investigadores argentinos una suma a discreción y de manera informal para que los trabajos fueran concluidos, oferta que fue rechazada.³⁹ Es posible que las denuncias que recayeron sobre el Proyecto Marginalidad hayan provocado que el equipo argentino desistiera en su reclamo de los fondos que hasta entonces consideraban indispensables. En su reporte de diciembre de 1969, O. G. Simmons informaba que Nun había decidido no aceptar más dinero de la Fundación:

Su explicación fue que dado que la Fundación consideraba su actual apoyo como un subsidio terminado, sería menos embarazoso para todas las partes hacer clara la ruptura ahora. Mientras tanto, piensa que él y sus colegas pueden sobrevivir económicamente el próximo año, al menos a un nivel de subsistencia, tomando pequeños trabajos de edición, traducción, y escribiendo artículos por encargo. Hizo la quijotesca observación que, después de todo, el antiguo científico social nunca recibía un salario por su trabajo, ganándose la vida en otro lado, él piensa que puede hacer lo mismo.⁴⁰

Lo cierto es que antes que el subsidio expirara oficialmente, pero al mismo tiempo en que era denunciado como un caso de espionaje sociológico del imperialismo, los integrantes del Proyecto Marginalidad decidieron hacer pública su consideración de que el proyecto había sido cancelado por la negativa de la Ford a seguir subsidiándolo. En palabras de Nun, el Proyecto Marginalidad, siendo una de las pocas investigaciones capaz de acreditar una inédita adecuación entre rigurosidad metodológica y un objeto de estudio significativo, era víctima de un ataque en dos frentes:

Es obvio que este esfuerzo tenía que provocar enconadas reacciones. Por una parte, de las fuerzas del orden que intentan reducir la marginalidad a un problema habitacional o, en el mejor de los casos, de adaptación del individuo a las oportunidades existentes y que por eso sabotearon en forma constante nuestro trabajo hasta dejarnos sin recursos. Por la otra, de quienes se erigen en la mera ala izquierda de esas mismas fuerzas y predicán la imposibilidad del conocimiento como norma y la irra-

in terms of the Foundation's credibility, its relations with the scholarly community, and its ability to assist research on important but sensitive issues; Manitzas, *op.cit.*, p. 1.

39 Inter-office Memorandum to Nita Manitzas from Reynold Carlson (December 1, 1970) (PA 68-143, Ford Foundation Archives).

40 His explanation was that since the Foundation regards his present support as a terminal grant, it would be least embarrassing all around to make clear break now (...). Meanwhile, he thinks that he and his colleagues can survive economically over the next year, if only at the subsistence level, by taking on small jobs of editing, translating, and writing commissioned papers. He made the quixotic observation that, after all, the early social scientists never received salaries for their work but had to gain their live hoods elsewhere, and he thinks he can do the same; Report of activities (December 9, 1969) (PA 68-143, Ford Foundation Archives).

cionalidad como actitud, revelando sus propias incapacidades y cumpliendo una obvia —y bien recompensada— función latente de preservación de las estructuras que dice combatir.⁴¹

Para la Fundación Ford las cosas eran diferentes. Manitzas no dudaba en afirmar que, en realidad, lo que había ocurrido era una combinación de negligencias, entre ellas una excesiva confianza en las generosas evaluaciones del Comité Asesor, cuyos miembros se habían manifestado del todo de acuerdo con el enfoque teórico propuesto por el equipo argentino, llegando a concluir, como lo había hecho Touraine, que:

Concretamente, estamos ahora seguros de que a fin de año, cuando el subsidio termine, una serie de informes, en su mayor parte empíricos, los que serán de 800 páginas o más, estarán disponibles. Todavía más importante es el hecho de que el concepto de marginalidad por primera vez ha sido profundamente elaborado y la situación de los grupos marginales relacionados con un análisis estructural de los procesos económicos y el cambio social. No hay duda que el resultado del proyecto será extensamente discutido y ejercerá una influencia duradera.⁴²

Como las 800 páginas del informe empírico nunca llegaron, Manitzas se permite concluir que en realidad, lejos de ser un problema de financiamiento:

Sospecho que el problema era más profundo, a saber, la incapacidad de los investigadores para controlar sus conceptos teóricos, para cubrir la laguna entre teoría y una metodología de investigación sensata, y para conseguir alguna síntesis de sus desparejos estudios de campo.⁴³

A esta altura cabe preguntarse cómo se llegó a esta situación y cuáles fueron las razones por las cuales la Fundación Ford terminó envuelta en un escándalo que, como sus mismos reportes lo indican, comprometió su situación en toda América Latina una vez que se hizo pública la polémica entre los intelectuales argentinos. Uno de los peores escenarios fue, naturalmente, el de Cuba, que a partir de las derivas del Proyecto Marginalidad (que fue tempranamente denunciado desde las páginas del **Granma**)

41 Nun, José, "Carta abierta a los estudiantes de sociología de la Universidad de Buenos Aires acerca del Proyecto Marginalidad", Buenos Aires, mimeo, 1968, p. 14 (Archivo CeDInCI).

42 Concretely, we are now sure by the end of the year when the research funds are over, a series of reports, mostly empirical, which will amount to 800 pages or more, will be available. Still more important is the fact that the concept of marginality for the first time has been deeply elaborated and the situation of marginal groups related to a structural analysis of the process of economic and social change. There is no doubt that the results of this project will be extensively discussed and will exert a lasting influence; citado en Manitzas, op. cit.: 8. Kalman Silvert fue más lejos en su consideración acerca de la performance del Comité Asesor, a quienes calificó como un "elenco estelar" de descomprometidos, naives y oportunistas.

43 I suspect the problem was a more profound one, namely, the inability of the researchers to tame their theoretical concepts, to bridge the gap between theory and methodologically-sound research, and to achieve any synthesis of their disparate field studies; *Ibidem*.

denegó el ingreso de investigadores subsidiados por la Fundación a la isla. Para Manitzas —autora, por otra parte, de un libro dedicado a la revolución cubana— si bien no podía atribuírsele a Nun toda la responsabilidad por haber tomado la incorrecta decisión de participar en la polémica, colaborando en potenciarla, parecía claro que la relación de la Fundación Ford con los investigadores argentinos no había contribuido a su imagen ni en Cuba ni en ningún otro país de América Latina, más bien todo lo contrario. La molestia de la Fundación Ford por la participación de Nun en el debate que desató el artículo del biólogo Daniel Goldstein "Sociólogos argentinos aceitan el engranaje", publicado en el semanario **Marcha** (que desde la polémica que enfrentó a Emir Rodríguez Monegal con Ángel Rama a propósito de la revista **Mundo Nuevo** se convirtió en tribuna amplificadora para las denuncias sobre la penetración imperialista en América Latina),⁴⁴ era evidente. Y se agudizó cuando Nun afirmó que el proyecto había sido "cancelado" debido a su enfoque marxista. Para Silvert la reacción de Nun era sólo comprensible por la situación emocional difícil que le provocaba sentirse identificado con sus atacantes. En una carta fechada en marzo de 1969 afirmaba:

El argumento de Nun (para parafrasearlo) sobre lo curioso que resulta que esté siendo atacado en su país justo cuando la fundación "canceló" su subsidio es una evidencia del tipo de insoportable pereza intelectual que encuentro en ambos lados de este horrible y suicida argumento. El subsidio está expirando. No es que haya sido cancelado, simplemente no fue renovado.⁴⁵

Lo cierto es que la Fundación Ford obtuvo costosas lecciones para el futuro de la experiencia con el Proyecto Marginalidad, que, según la falta de correspondencia entre los objetivos iniciales y el resultado final, fue considerado un rotundo fracaso. Entre estas lecciones estaban las consecuencias a toda vista peligrosas de un "pluralismo" vagamente definido y "científicamente" contraproducente, además de una imperdonable falta de criterio de distinción, al interior mismo de la Fundación, entre cuestiones teórico-ideológicas y cuestiones organizativas y fiscales en la negociación de los subsidios

Conclusiones

Una primera conclusión de lo expuesto hasta aquí permitiría en primer lugar considerar que los conflictos que rodearon al Proyecto Marginalidad fueron el resultado de un entramado com-

44 Las discusiones de **Marcha** sobre **Mundo Nuevo** así como sobre el "Seminario sobre la Formación de las Elites en América Latina" (organizado en Montevideo por la Universidad de la República en colaboración con la Universidad de California y el Congreso por la Libertad de la Cultura) fueron compiladas por Álvaro Barros-Lémez, **Intelectuales y política**, Montevideo, Monte Sixto, 1988.

45 Nun's statement that (to paraphrase) it's curious that he is being attacked at home just at the time the Foundation has "cancelled" his grant is evidence of the kind of unbearable intellectual laziness I find on both sides of this ugly and suicidal argument. The grant's term is expiring. It has not been "cancelled", but merely not renewed; Letter to Daniel Godrich from Kalman Silvert (March 18, 1969) (PA 68-143, Ford Foundation Archives).

plejo de disputas personales, académicas, institucionales, en un contexto donde las ciencias sociales se internacionalizaban al mismo tiempo que respondían a una agenda que, bajo la hegemonía intelectual de los Estados Unidos, estuvo sucesivamente atravesada por el clima de la Guerra Fría, la Alianza para el Progreso y los conflictos armados del Tercer Mundo. El interés de las universidades estadounidenses por América Latina se explica en parte a partir de este contexto, del que tampoco estuvo ajena la preocupación que los organismos internacionales demostraron por los problemas del desarrollo económico y “cuestiones conexas como la urbanización, la estratificación social y el sistema político”, contribuyendo a fijar un perfil temático y metodológico para las disciplinas sociales en proceso de institucionalización.⁴⁶ En efecto, la marginalidad nació como categoría de las ciencias sociales en América Latina a partir de las preocupaciones que despertó el descubrimiento de los problemas urbanos y de las dificultades que aparecían relacionadas con los procesos de “sobreurbanización” de las grandes ciudades latinoamericanas, y las primeras aproximaciones teóricas estuvieron marcadas por el paradigma de la modernización, en cuya difusión el DESAL jugó un rol fundamental. Sin embargo, hacia fines de la década del 60, la marginalidad fue reformulada como una categoría del pensamiento latinoamericano sobre la dependencia, y así apartada de los parámetros científicos metropolitanos, cuyos problemas y prácticas teóricas y metodológicas comenzaron a ser puestas en cuestión. En este desplazamiento, los aportes realizados por los investigadores argentinos del Proyecto Marginalidad son considerados fundamentales.

En el ya mencionado contexto de internacionalización de las ciencias sociales, no resultan nada curiosos los vínculos establecidos entre DESAL e ILPES y los organismos que patrocinaron el Proyecto Marginalidad, la Fundación Ford y la UNESCO, como tampoco azarosa la elección del tema de investigación ni el énfasis en los trabajos empíricos y la recolección de datos. Del mismo modo que no sorprende que los resultados obtenidos hayan sido tenidos como insuficientes y el estilo intelectual de los investigadores juzgado como inaceptable y propio del “microcosmos sofista” de los intelectuales latinoamericanos; los que, por su parte, experimentaban procesos de radicalización política cuyos efectos sobre la cultura en no pocas ocasiones desembocaron en posturas antiintelectualistas y reduccionistas de los fenómenos intelectuales y de la actividad científica.

En este sentido, resulta un ejercicio complejo explicar el modo en que las conflictos personales e institucionales, y los choques geoculturales que acompañaron la historia del Proyecto Marginalidad se integraron a la polémica acerca de si era o no un caso de espionaje sociológico del imperialismo, desde el momento en que al enunciar el problema en estos términos se suponía una visión dicotómica acerca de las relaciones culturales y las lógicas del mundo intelectual, menos atenta a las tramas múltiples donde se insertaron las pujas entre los objetivos de la Fundación Ford y los científicos sociales que participaron, que al fracturado espacio político-académico argentino posterior a la intervención de la universidad en 1966. Considero que la suma de desencuentros,

disputas y acusaciones que acompañó la realización del Proyecto Marginalidad, sería anecdótica si en realidad no estuviera señalando que las relaciones de dominio en el espacio de la cultura deben ser analizadas a partir de las mediaciones que ese espacio impone y de las relaciones de poder que le son propias. Parece evidente que los actores de este drama no fueron ni agentes imperiales ni intelectuales serviles, definiciones solo plausibles en términos de la batalla política (donde todos los golpes estaban permitidos) que los tuvo como protagonistas, y donde la discusión estrictamente académica fue explícitamente retirada para centrarse en la condena que una parte del campo cultural decidió realizar sobre otra más plenamente integrada a las instituciones y, por lo tanto, menos dispuesta a medir su práctica científica con la vara de la militancia política (aunque lo suficientemente vulnerable a las acusaciones como para tener que explicar sus opciones culturales como aportes al conocimiento revolucionario). La reducción a lo político de este debate supondría ignorar las estrategias de cooptación, las luchas de poder, las “astucias de la razón imperialista” que atraviesan y definen las relaciones entre un campo intelectual “periférico” y otro “dominante”, cuya asimetría, en un contexto de proclamada internacionalización de las relaciones y los intercambios científicos, se define menos por una explícita voluntad de sujeción que por el establecimiento de un sistema de representaciones destinado a mostrarla neutral.

Por esta razón, ni la postulación de una red internacional de científicos sociales (cuya eficacia las mismas trayectorias de los intelectuales aquí estudiados avala) ni el mismo concepto de internacionalización, pueden ocultar el hecho de que la relación entre campos académicos y tradiciones culturales diferentes, entre “localidades geoculturales”⁴⁷ asimétricamente relacionadas, entre intelectuales que al mismo tiempo que sostienen una batalla por su legitimidad y consagración son portadores de intereses, discursos y representaciones nacionales y locales; se constituye en un espacio social donde, en palabras de Bourdieu, los “malentendidos culturales” responden al hecho de que el campo internacionalizado de las ciencias sociales es también el lugar de fenómenos de dominación y formas específicas de imperialismo. Por esta razón, no hace falta buscar el “imperialismo cultural” en una explícita voluntad de los organismos internacionales para someter a los espacios intelectuales periféricos a la prepotencia de un intercambio de dinero por lealtades teóricas y metodológicas, lo que constituiría una simplificación semejante a la tesis según la cual Fundación Ford era una fachada de la CIA y el proyecto Marginalidad una excusa para reprimir a los pobres que fueron encuestados en la provincia del Chaco.

Por el contrario, resultaría más interesante rastrear a través de los documentos que los funcionarios de la Fundación Ford produjeron sobre el Proyecto Marginalidad, el modo en que sus juicios y opiniones estaba atravesados por la mirada etnocéntrica y subalternizadora que algunos científicos sociales latinoamericanos señalaban como el mayor indicador del colonialismo intelectual

46 Blanco, *op. cit.*, p. 337.

47 Richard, Nelly, “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana”, en Daniel Mato (comp.), **Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización**, Buenos Aires, CLACSO, 2001, p. 188.

que los Estados Unidos ejercían sobre los espacios académicos “excéntricos”. Por detrás de las consideraciones académicas y más allá de las condicionamientos políticos que determinaron sus decisiones, subyacía la imposibilidad para traducir los conflictos político-culturales de los intelectuales latinoamericanos, así como sus opciones teóricas o sus estilos intelectuales, en un lenguaje que no fuera el del exotismo. La “idiosincrasia latinoamericana” propensa a la “neurosis”, el “quijotismo” y la “ideologización” se ligaba en sus consideraciones a una “falta de profesionalismo” muy propensa a obviar “las reglas del juego” y los consensos básicos sobre los que, suponían, toda investigación debía asentarse. La engañosa simetría que el concepto de “comunidad científica” parecía suponer estallaba en un discurso en el que la mirada extrañada ubicaba unos colegas aún menores de edad, inadaptados e inapropiadamente dispuestos a subvertir los principios de un orden teórico-institucional internacionalmente sancionado según sus propios y necesariamente universales criterios, y, al mismo tiempo, asignaba a las luchas de poder de los “recién llegados”, no un carácter de competencia legítima sino de trifulca de incompetentes. Por esta razón, el fracaso que supuso para la Fundación Ford el Proyecto Marginalidad, no se redujo únicamente a que sus objetivos de “acción social” no pudieron cumplirse, sino a un sustancial “malentendido” que le impidió, por una inadmisibles alteración del *working consensus*, mantener los conflictos y las “pasiones intelectuales” en el marco de sus propias estrategias y definiciones de legitimidad científica.

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar el denominado Proyecto Marginalidad, investigación realizada en la segunda mitad de la década del sesenta por un grupo de científicos sociales latinoamericanos con el apoyo financiero de la Fundación Ford, poniendo atención en los modos de agregación, las lógicas de funcionamiento y el sistema de representaciones a través de los cuales se organizaron las relaciones entre los actores y las instituciones involucradas. De este modo se abordará el problema del “imperialismo cultural” a partir de las mediaciones propias del campo científico.

Palabras clave

Intelectuales; Ciencias Sociales; Imperialismo cultural

Abstract

The aim of this work is to analyze the Marginality Project, one research realized in the second half of the decade of sixties by a group of latin-american social scientists with the financial support of the Foundation Ford, paying attention in the manners of aggregation, the logics of functioning and the system of representations across which the actors and institutions relations were organized. In this way, will be tackled the problem of “cultural imperialism” regarding the typical mediations of the scientific field.

Keywords

Intellectuals; Social Sciences; Cultural Imperialism